

«Unas veces el sombrero se despliega en su falda y se achata en su copa». *El Solitario. (Escenas andaluzas).*

«No despliegues tus labios». (*Ibidem*).

Por no fatigar más la atención del lector no continuamos transcribiendo frases en las que aparecen usados los dos verbos, ya como regulares, ya como irregulares. Y lo más gracioso es que ha habido autores, como Fray Luis de León, Lope, Quintana, Martínez de la Rosa, Balmes, etc., que los han empleado en las dos formas. ¿Qué cabe hacer en un caso así? Ambos grupos tienen escritores de mucha valía, clásicos y modernos de indubitable solvencia literaria. Por otra parte, el hecho de que algunos escriban *plego* y *pliego*, *desplego* y *despliego*, parece dar a entender que es indiferente decir lo uno o lo otro. ¿Formaremos una estadística y nos inclinaremos del lado más numeroso? ¿Valoraremos a cada autor de uno y otro bando, sumaremos estas valoraciones y la suma más alta decidirá sobre el caso? ¿Haremos lo que nos pete? Esta será la consideración que se harán algunos.

D. Vicente Salvá, D. Andrés Bello y D. Rufino José Cuervo no se han atrevido a resolver la cuestión declarando de un modo rotundo la regularidad o irregularidad de estos verbos. Pues si el autor de *Gramática de la lengua castellana*, considera que *desplegar* es irregular, afirma también que muchos escritores lo emplean en su forma regular; el gramático y poeta venezolano admite las dos maneras y el autor del *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*, observa que «es indiferente diptongar o no la vocal» en las inflexiones transcritas más arriba.

Ahora bien, la Academia de la Lengua, que debe ser la máxima autoridad en estas cuestiones, se decide por la irregularidad de estos verbos en las personas, tiempo y modos indicados.

Nuestra ortodoxia en materia de lenguaje nos hará adoptar la forma irregular, que parece como un resabio del idioma respecto del sustantivo: el *pliegue*, el *despliegue*.

Con casi todos los verbos terminados en *ar* pertenecientes a la primera clase de irregulares, según la división hecha por la Academia, coexisten los sustantivos o adjetivos en que se encuentra, así mismo, el diptongo *ie* (1).

#### UN APRENDIZ DE HABLISTA



(1) Véase la *Gramática* de la Academia (Madrid, 1931), págs. 67 y 68.

## El Puente de Alcántara, asombro del abismo y del paisaje

Por JOSÉ A. SAENZ DE BURUAGA

EL subtítulo de este artículo es uno de los versos del soneto, que dedicaron al puente de Alcántara varios excelentes poetas, componentes de la excursión celebrada el pasado día 30 de Octubre, con motivo de la II Asamblea de Estudios Extremeños. Ya se publicó en el semanario «Norma», correspondiente al día 31. Lo utilizo con la venia de su autor, don Francisco Rodríguez Perera.

Y, en efecto, el puente romano de Alcántara es eso, asombro del paisaje y del abismo. Ya la llegada a Alcántara, después de recorrer una carretera llena de polvo, en medio de campos monótonos, preludiaba con el cambio de decoración que estábamos cerca del puente famoso. En su proximidad recordaba yo perfectamente las fotografías tan divulgadas de aquellos lugares. Era el «paisaje del puente», agreste, abrupto, bravío, bello. Pero puedo decir que el puente es superior, vence a aquéllo, dicho de otra manera: el paisaje sería mucho menos sin el puente, el cual está por lo demás colocado en lugar estratégico tranquilo, lo que constituye, por otra parte, como observó atinadamente el culto arquitecto de Badajoz don Francisco Vaca Morales, uno de los secretos de su larga vida.

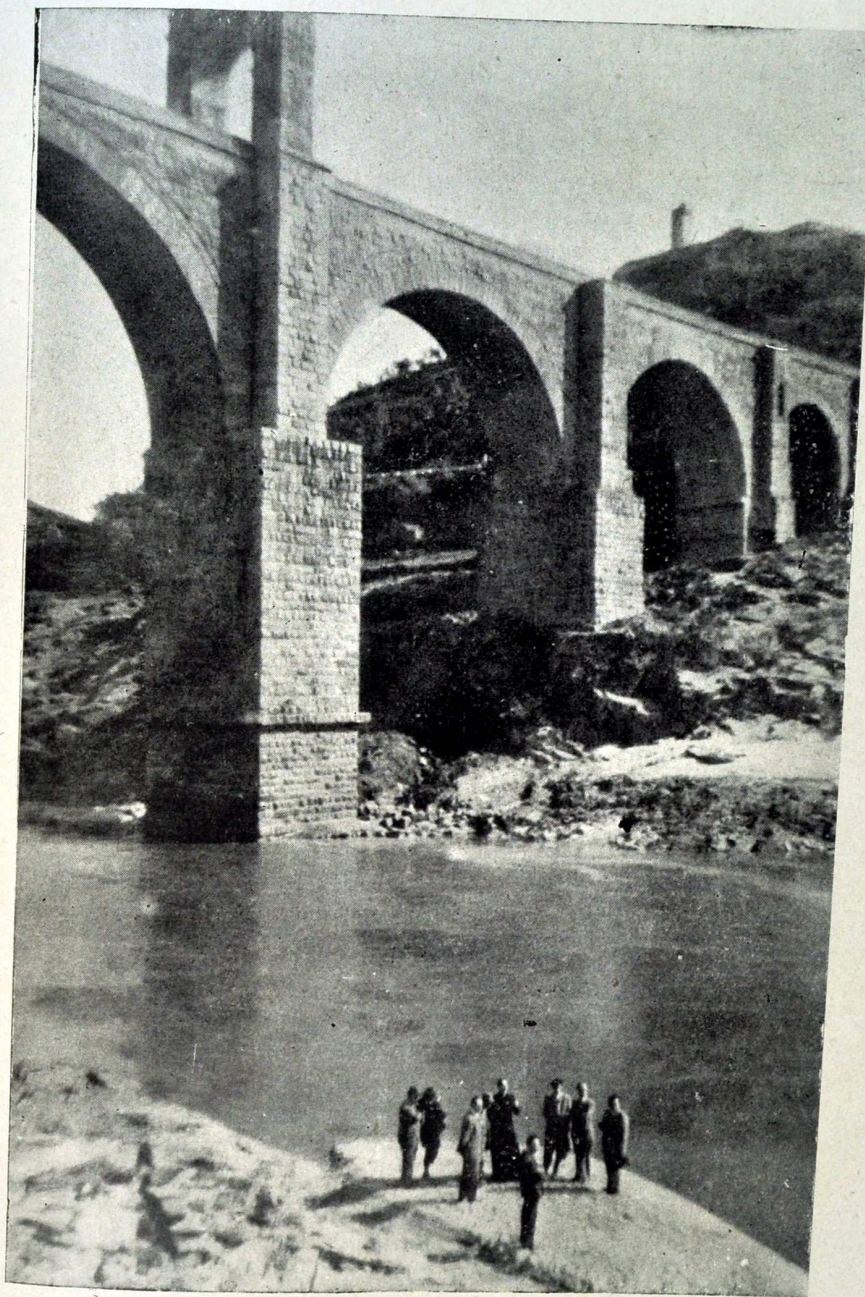
Desde el pueblo bajamos en un santiamén con los coches por la carretera zigzagueante—antigua vía de Norba a Beja—hasta el cauce del Tajo, mejor dicho, hasta el puente. La primera visión fué francamente satisfactoria. No me defraudó, como suele ocurrir a veces, cuando se ven cosas muy castigadas por los manuales. El puente era superior a lo que las fotografías me habían enseñado. Estas, por lo general, no han sabido darnos idea de la monumentalidad que tiene. Ya conocíamos, sí, su fama, sus medidas colosales, pero faltaba verlo. Cuando, apeados de los coches, pisamos la carretera, nos acercamos al abismo y vimos la colosal fábrica, nos quedamos anonadados todos. Y, en seguida, empujados muchos por un impulso irresistible, descendimos, malpisando las lajas pizarrosas hasta el lecho del Tajo, el aurífero Tagus de Plinio. ¡Desde abajo sí que es asombrosa la visión del puente! Se veían asomar por el pretl las cabezas de los que no bajaron, tan pequeñas como cocotas de alfiler. Desde el cauce es de donde se comprenden bien los 58 metros de altura, que tiene desde el nivel del agua y si uno se pone debajo de uno de los dos arcos mayores del puente, entonces ya se queda paralizado. Se ven los sillares formidables, sosteniendo los arcos muy altos, altísimos, salpicados éstos en su interior de nidos de golondrinas y se piensa más que nunca en la grandiosidad de las obras romanas. ¿Cómo se pudo hacer este puente con estas medidas colosales, empleando sólo hormigón, piedras y «forceps»? Las orillas del cauce aparecen alfombradas de arenas finísimas. Debe ser digno de ver el río, chocando y cortándose contra los pilares afilados en una gran riada. Seguro que constituirá todo ello un sublime dinámico involvi-



dable. He visto fotografías de uno de estos momentos, que me enseñó don Remigio Mestre en Alcántara y me parece vislumbrarlo.

De nuevo arriba y cerca ahora del arco triunfal, me entretengo ahora en leer con algunos compañeros la descripción que de la gigantesca fábrica hizo Mérida en el Catálogo Monumental de Cáceres. El puente ha sido descrito muchas veces, no como dijo el ilustre arqueólogo desde Conrado Peutinger y Pedro Barrantes Maldonado en el siglo XVI, sino antes. Nebrija le dedicó unos versos que llevan por título «De Traiani Caesaris ponte». Tengo el proyecto de publicarlos, con el comentario correspondiente. Es de notar que en nuestros tiempos el «Dictionnaire» de Daremberg y Saglio le dedica varias líneas elogiosas, dando de él dos grabados. Por cierto que las dimensiones que expone no concuerdan con las de Mérida, seguramente éstas más acertadas. Luego, entre las publicaciones destacadas, viene reproducido en «Summa artis», donde lo considera el autor como el mejor de todos los puentes del Imperio Romano. Aquí se da una fotografía sin el arco triunfal. Creo que esto se debe a que el autor, conocedor de la restauración última del puente en 1860, hecha por don Alejandro Millán, a iniciativa de la Real Academia de la Historia, sabe que los sillares del arco fueron colocados mal y prefiere suprimirlo en la fotografía. El arco existió indudablemente, en forma parecida, desde un principio. Si no fuera así, ¿dónde pudieron estar colocadas las grandes y preciosas lápidas, que ostenta, dedicadas a Trajano? La última restauración, en la que también entró por desgracia el rejuntado con cemento de todos los sillares, ha quitado al monumento mucho carácter, presentando por esta causa aspecto de nuevo y reciente, dentro del indudable sabor romano que todavía posee. No creo que fuera peligroso y difícil devolverle en parte su pristino sabor, eliminando el cemento, sin el cual ha permanecido muchos siglos.

Leyendo a Mérida y sacando fotografías, se me fué volando el tiempo, y ya, cuando se iniciaba el regreso hacia el pueblo de Alcántara, tuve que ver rápidamente la tercera parte de este conjunto romano: el pequeño templo de piedra, que se levantó con el puente, al comienzo de éste. La fachada, con columnas toscanas y frontón, es bonita, y tiene una lápida moderna, copia de otra original que allí existió. Subo la escalinata y entro, fijándome en la cancela de gusto romano. En el interior veo varios epígrafes repartidos entre las «naos» y «pronaos». Son los que Hübner atribuyó a la mano de Barrantes Maldonado. Uno de ellos es el sepulcral del genial Caius Iulius Lacer, constructor del puente. En las paredes ponen una nota de anacronismo cuatro grandes carterones de los carabineros (la frontera está cerca), colgados en las paredes. Ya no puedo detenerme más y, antes de subir al coche, acaricio con la mirada todo el conjunto que voy a dejar atrás. Me prometo volver alguna otra vez. Mientras el coche trepa hacia el pueblo, que está en lo alto, el puente se va tapando en las oquedades del paisaje. Por fin una revuelta me quita ya toda visión del interesante lugar. Pero allí queda, desafiando a los siglos, el famoso puente, heraldo perenne de una civilización.



Vista parcial del Puente de Alcántara y grupo de concurrentes a la II Asamblea de Estudios Extremeños